



Orígenes de la movida madrileña:
**Cultura transicional o setentera desde
La Vaquería de la calle de la Libertad**

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Galeatus
Fecha de Publicación: 01/08/2012
Número de páginas: 28
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

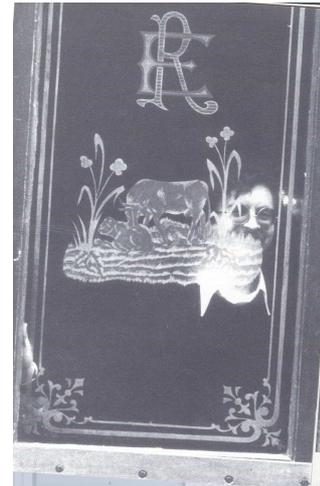
www.miramistrabajos.com



**Orígenes de la movida madrileña:
Cultura transicional o setentera desde
La Vaquería de la calle de la Libertad**



**In memoriam Quico Rivas
(1953-2008).**



INTRODUCCIÓN PERSONAL

1

HISTORIA DE VIDA 1: JOVEN VEINTEAÑERO

La muerte de Franco en el otoño de 1975, en el paso del ecuador de la década de los setenta, supuso para muchos de los que la vivimos algo así como la caída del muro de Berlín, la muerte de Kennedy antes o el hundimiento de las Torres Gemelas, después, un momento que se queda en la memoria con detalles vívidos del momento mismo en el que uno se enteró de la noticia.

En mi caso, también, coincide con el final de mi vida de veinteañero, el final de la juventud se pudiera decir. Un momento de balance muy importante y un estallido de vitalidad y lucidez al mismo tiempo.

El origen de lo que luego se llamó *la movida*, y que intentaré explicar desde la perspectiva próxima que suelen dar las narraciones tipificadas como “historias de vida”.

Un joven profesor y escritor, Germán Labrador, habla de la *cultura setentera o transicional*, para referirse a esos años, y lo que más me impresiona de su punto de vista es que para él es casi arqueología, pues nació en los años ochenta. Tal cuando a nosotros, los nacidos a mediados de los cuarenta, nos hablaban de la guerra de nuestros padres, poquitas veces

y con claves misteriosas que no conseguíamos comprender; con una diferencia: la guerra civil se nos ocultaba más que se nos comentaba, mientras la transición política de los setenta, a esos jóvenes de los ochenta, se les gritaba más que se les comentaba, era algo más jocoso y menos trágico, se podía uno sentir orgulloso de haberlo vivido, tal vez.

Tal vez influya en el intento de relato que voy a presentar cierta deformación profesional, como historiador modernista que soy, historiador que intenta acceder al siglo de oro hispano a través de las biografías de los personajes más de frontera que puede hallar, los muladíes o renegados, gente de fronteras sociales o cultural-religiosas tanto como geográficas, muchas veces mostradas como en la linde de la picaresca o de la lucha por la supervivencia. Con el guía maestro que es Cervantes, para no perderse en el intento.

Las reconstrucción histórica de un tiempo “clásico” – como el siglo de oro hispano - con una historia de vida como guía, que fue uno de los objetivos del *Archivo de la frontera* que os he presentado en otro momento de esta reunión, me ha mostrado que yo mismo, a las puertas de la vejez, puedo hacer objeto de estudio mi propia juventud, pues tal vez sea el que mejor la conozca, por otra parte, considerándola algo ajeno ya, al cabo del tiempo.

El literario “ya soy otro”: a ese que fui lo puedo juzgar como a alguien ajeno. Por ejemplo. O el cervantino “yo sé quien soy”, en boca del caballero loco por la lectura de historias ajenas, don Quijote. Afirmación humilde y humana, por otra parte, frente al bíblico “yo soy el que soy”, esa inmutabilidad divina que, cuando el hombre la asume, está negando su propia historia evolutiva y maravillosamente abierta a todas las posibilidades, y se está convirtiendo en un dictador fundamentalista incapaz de comprender a los otros ya e incapaz de comprenderse a si mismo. En un demente.

2

HISTORIA DE VIDA 2: PROFESOR UNIVERSITARIO, POETA Y TABERNERO

Pero no quiero alejarme del objeto principal de esta reflexión sobre una historia de vida – la mía de joven, otro yo ya, desde hoy – en un momento histórico concreto, de la que conservo

abundante material literario y que he intentado acoplar a un género y sólo he encontrado uno adecuado que he tenido que inventarme: la *nonovela*. Un texto que trasciende la novela pues utiliza un material literario más próximo a la correspondencia privada o a los diarios personales, con explícitas garantías de veracidad en su desarrollo mismo, pero que en un segundo momento de la escritura se lo quiere camuflar un poco con una mínima relaboración, siempre respetuosa con el tiempo mismo con obsesión de historiador señalado, todo escrupulosamente fechado.

Con la parte de ese material que se correspondía con los años setenta, hasta el otoño de 1976, elaboré una suerte de nonovela que se tituló: *Del movimiento a la movida. Nonovela azarosa y refractaria*.

La carcasa novelística era sencilla: unos jóvenes estudiantes postgraduados tienen que hacer un trabajo sobre el material literario de un viejo personaje que los puede asesorar de vez en cuando, precisamente sobre los orígenes de la movida, o la transición del franquismo de partido único, al que llamaban el *Movimiento Nacional*, a la monarquía parlamentaria y a la democracia formal; su aproximación a la transición cultural setentera, a través de esos textos, se realizaba a través de las reflexiones de ese autor estudiando, joven profesor universitario y socio con otros colegas de un bar que inauguraba una pequeña revolución urbana popular y callejera, cuyo resultado fue el nacimiento del barrio de Malasaña como cuna de la *movida*.

El nombre del bar era La Vaquería de la calle de la Libertad, y las universidades en donde comenzaba su vida profesional eran las dos de Madrid, la Complutense y la Autónoma, en donde estuvo de profesor ayudante precisamente el curso 1974-1975.

En ese curso, además, le habían dado un accésit del premio de poesía más prestigioso entre los jóvenes entonces, el *Adonais*, por un libro de versos que se titulaba *La isla. Elogio de la pobreza*, y que había sido escrito en honor de la isla de Formentera en el momento de máximo esplendor alternativo del momento, jipi o contracultural, como se decía entonces también.

Ibiza y Formentera, al final del franquismo, se habían ido convirtiendo

en una gran ventana abierta al exterior, en un país que soñaba ya con esa apertura, encerrado en la oscura fortaleza del nacional-catolicismo más burdo, a los ojos de hoy verdaderamente cavernario.

3

**HISTORIA DE VIDA 3:
EXOPUSIANO EN LA NUEVA FRONTERA MADRILEÑA**

El joven profesor y pronto tabernero, ese yo joven que el yo maduro a punto de la vejez estudia como a otro diferente, procedía de una educación rigorista católica que sólo a posteriori supo identificar como determinante, que imprimía carácter, como se decía de los sacramentos. De muy joven había estudiado en colegios de frailes dominicanos y de adolescente había pasado a los colegios del Opus Dei, opusianos en el lenguaje adoptado en el ensayo de relato que es *Del movimiento a la movida*.

Por eso mismo estaba en la Universidad, de ayudante de uno de los popes universitarios opusianos de la Complutense, tras un curso de verano en otra universidad a cuyos cursillistas se seleccionaba en los colegios opusianos al tener como objetivo principal el apostolado o proselitismo de sus miembros numerarios. Pues el joven profesor era numerario opusiano desde los 15 años, de los que hacían votos de pobreza, castidad y obediencia, como en las grandes órdenes religiosas clásicas, del siglo de oro, lo que al joven profesor comenzaba a mostrársele como un acto manifiesto de corrupción de menores.

Nada más comenzó a darse cuenta de ello, en plenos años sesenta, inició su huida de la organización católica integrista, con la persecución de todas las maldiciones sectarias que suelen darse en estos casos, que hace dolorosísima la ruptura y lo convierte a uno en una especie de apestado, de renegado. Con el tiempo supo que la organización opusiana era uno de los pilares del nacional-catolicismo franquista, y que había copado, de alguna manera, uno de los corazones del régimen, el CESIC o consejo superior de investigaciones científicas, y la Universidad. Su lema era poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas, y ese era el objetivo durante el franquismo, y se preparaban también

para lo que viniera, lo que se llamó la *transición*.
Cuando murió Franco, el decano de letras de la Complutense era un opusiano y el joven profesor PNN exopusiano ya – de alguna manera renegado – recibió el encargo de organizar algunas actividades culturales de interés para los nuevos tiempos.

Para entonces ya era también tabernero, pues tenían desde un año antes la Vaquería de la calle de la Libertad, y poeta recién laureado con el *Adonais*, precisamente de la editorial opusiana Rialp.

Hasta aquí la breve introducción personal, pues:
el joven doctor profesor de historia, formado en el corazón más integrista o fundamentalista nacional católico del franquismo, y que se zambulle en una nueva frontera de tiempos y culturas, ya liberado de sus votos y compromisos religiosos adoptados en la niñez y adolescencia, buscando una nueva sociabilidad en un mundo del que era por lo menos forastero, y sin demasiada idea de las claves que pudieran regir esas nuevas relaciones con los demás.

“Pasen y vean, pasen y beban, pintura música y poesía, wiski y bocadillos”. Era todo un lema.

Uno de los empresarios de bares con más repercusión luego, en Malasaña, Marcos López Artigas, comentó que La Vaquería, con su simplicidad, había sido una pequeña revolución hostelera en Madrid, que transformó el tipo de local de la ciudad tanto como lo había hecho el mesón en la postguerra.

Fue algo voluntarista que, nada más abrirse, tuvo un éxito tremendo entre estudiantes y jóvenes de barrio, y comenzó a aglutinar a toda una juventud de todos los grupos y clases sociales unidos por la necesidad de marcha, de movida al fin.

INTERMEDIO CATALÁN 1

Ibiza estaba muy ligada a la que se llamó *gauche divine* barcelonesa que en los años finales de los sesenta y hasta la muerte de Franco había dinamizado mucho la vida cultural barcelonesa, y que era famosa por su bohemia y cultura del ocio – Bocaccio era el local barcelonés donde se veían – así como por su actividad literaria y editorial, y en un marco cultural más amplio, como el cine o la arquitectura.

Otro joven profesor español (nacido en 1978), Alberto Villamandos, desde una universidad americana, lo mismo que Germán Labrador, antes citado, tiene una reciente aproximación a este movimiento cultural que titula *El discreto encanto de la subversión. Una crítica cultural a la ‘gauche divine’* (edit. Laetoli), y lo identifica con “la burguesía ilustrada y antifranquista”. En la nota de lectura que hace Sergio Vila-San Juan (*La Vanguardia*, 28.12.2011) sintetiza algo la aportación de este grupo – del que se han publicado muchas memorias de sus protagonistas, hasta el punto que lo considera uno de los movimientos mejor documentados de la historia cultural – así: “...aportó, en el franquismo, un proyecto de renovación estética, literaria, cinematográfica y de costumbres, en línea de una modernidad urbana y europea”.

Como había de suceder también con la movida madrileña de un decenio escaso después, contó con la ayuda

de buenos fotógrafos del momento, que incorporaron sus imágenes, narcisismo y conciencia y voluntad de estilo, de alguna manera.

Los poetas novísimos de Castellet, Marsé, Moix, Azúa, Vázquez Montalván, o las editoriales Barral, Tusquets, Anagrama, el cine de la llamada Escuela de Barcelona (Grau, Marquina, Jordá), arquitectos (Bohigas, Tusquets, Bofill), alta cultura burguesa, y en paralelo, ya en absoluto *gauche divine*, el florecer de otra industria cultural, hasta las discográficas y el comic. En 1974 salía la revista *Ajoblanco*.

INTERMEDIO CATALÁN 2

Un complemento bueno al libro de Villamandos, ya para el periodo setentero y transicional que dijera Labrador, es el libro de Pepe Ribas, *Los setenta a destajo* (1977), que aborda la transición desde el bullir de la cultura popular más interclasista, hasta hacer destacar el movimiento libertario que culminaría de alguna manera en el verano de 1977. Ribas es el fundador y director de la revista *Ajoblanco*, un lugar privilegiado para abordar esa frontera de la cultura transicional, y tiene una interpretación personal y muy marcada de aquel decenio como origen de lo que se llamó *movida* más tarde: la transición fue un fracaso y se llegó a un “franquismo de partidos” y a una Movida de los años ochenta: “No hay ideas sociales, el punk ha sido conquistado y del *no creo en nada* se pasa al *no puedo cambiar nada*. Una caricatura de lo que se vivió en los setenta: *Quiero ser un bote de Colón* y todas esas letras. Es todo una gran ganga, una gran broma”.

(Citas de Jesús Rocamora, *Público/La voz de Asturias*, 24.12.2011, “Plazas, rock progresivo y *Ajoblanco*. Se reedita al calor del movimiento 15-M el libro *Los setenta a destajo*, una crónica de la Transición vista desde la cabecera de la contracultura española”).

Desde Madrid, a principios de los setenta se miraba con cierta admiración a la *gauche divine* barcelonesa, y a mediados de los setenta a la gran vitalidad catalana de *Ajoblanco*, *Star*, el festival de Canet de Mar del verano de 1975 o los conciertos de la sala Celeste. Y este era el ambiente que se vivía en ese bar de La Vaquería de la calle de la Libertad, ese origen de la luego llamada *Movida*.

UN MADRID DE CLANDESTINIDAD PRESTIGIOSA

Vuelvo de nuevo a la historia de vida: el joven doctor en historia renegado opusiano en busca de nueva sociabilidad llegó a Madrid en 1968, con el calentón en la cabeza del mayo francés y de la invasión de Checoslovaquia, y entró en la Complutense como profesor no numerario o PNN, cuando el mundo político y cultural más atractivo era clandestino o semiclandestino, y todo esto le atrae como alternativa a la cerrazón nacional-católica-opusiana que lo había mantenido en la más absoluta ignorancia de la política real, la cultura civil y el sexo.

Por su inclinación a la literatura comenzó a frecuentar el Café Gijón, lugar de tertulias tradicional, en donde conectó con jóvenes escritores como él, muchos procedentes de sus mismos medios universitarios. Algunos madrileños, pero la mayoría procedente de las más variadas regiones españolas y muchos latinoamericanos. Tertulias literarias de poetas (*Cultura Hispánica* de Montesinos, *Puente Cultural* de Lostalé o los premios *Adonais* anuales) y vida académica universitaria, en paralelo al descubrimiento de una ciudad desde sus barrios más céntricos y mestizados, un fenómeno claro madrileño de interclasismo natural, que derivaba desde los cabaret más céntricos y cutres hasta los lugares donde se podía escuchar flamenco o jazz, o los mesones, tabernas y discotecas. No pocas veces en compañía de otros colegas escritores o artistas más veteranos, muchos tertulianos del Gijón, los más emotivos de todos por su prestigio, sin duda, Claudio Rodríguez, Ángel González o José Hierro, maestros poetas.

Un fragmento muy plástico y sintetizador (que a mi me cuesta mucho emular, por pudor e inseguridad en los grandes conceptos habituales): “Los últimos años del dictador (Franco) son también los años en los que la libertad se exige más alto, gritando, cantando, mostrando la rebeldía de mil maneras distintas. Son años de lucha clandestina, de conciertos de cantautores reventados por la policía o los fascistas aficionados...” Todo muy simplificado, pero así de lineal.

La clandestinidad durante el franquismo tiene una magnífica evocación en la novela de Jorge Semprún *Autobiografía de Federico Sánchez* (1975), y su entronque con jóvenes que fueron muy activos políticamente en la *transición*, procedentes de medios obreros y universitarios, cuyo difícil encaje también puede verse evocado en otra novela de estos mismos años de Luis Goytisolo, *Recuento...* (Glosa: el pecé como partido clandestino modelo, de alguna manera, con repercusiones en organizaciones sindicales y asociaciones de barrios o movimiento vecinal, formalismo y desborde pop).

En medios como el Café Gijón, fue muy comentado el viaje de Max Aub de unos meses de 1969, luego evocado por él en *La gallina ciega*, como otra faceta semiclandestina o muy poco conocida por entonces, la del exilio republicano y su conexión con el llamado exilio interior. Memoria desaparecida de la cultura nacional-católica franquista, en estrecha conexión con la memoria disidente antifranquista, uno de los perfiles de la clandestinidad más prestigiosa. (Glosa: *Ruedo Ibérico*, la literatura marxista omnipresente, en paralelo a los viajes al extranjero para cine y libros, para airearse).

DESBORDE SETENTERO, VIEJAS Y NUEVAS CLANDESTINIDADES

Pero esa imagen parecía demasiado formal y seria para la realidad setentera en la que va a insertarse la experiencia de La Vaquería, que tomo aquí como modelo sintético y básico de reflexión, si se pudiera decir así. Interclasismo e interculturalidad a pie de calle en el marco del franquismo en disolución y de la recepción de una cultura pop internacional que en este caso tenía como un punto de referencia tanto el hipismo ibicenco como la música rock y la psicodelia.

Un episodio, ambicioso y bastante abierto, de recoger propuestas alternativas y experimentales del final del franquismo, que tuvieron repercusión en el mundo de la cultura y el arte formales, fueron los encuentros de Pamplona de 1972, financiados por la Fundación Huarte.

Ver *La comedia del arte (En torno a los encuentros de Pamplona)*, de J. Ruiz y Fernando Huici, Editora Nacional, Madrid, 1974, con las propuestas más fronterizas e innovadoras, arquitectura de formas neumáticas, corales habladas, dramas musicales en imágenes, plástica digital, generación automática de formas plásticas y sonoras, poesía experimental o poesía concreta y acciones urbanas...



II PARTE INTERMEDIO, DUDAS Y RECURSO A RELATOS AJENOS

Llegado a este punto, observo que este no es el tono adecuado para evocar una época, que no consigo ni narrar ni racionalizar o reflexionar sobre ella de manera clara. Y llevo veinte años, al menos, intentándolo: primero, en *La novela secreta* y luego en *Del movimiento a la movida*. Sólo fui capaz de expresar vivencias personales:

1 Experiencia juvenil opusiana, cada vez vista más como secuestro

y corrupción de menores en mi caso.

2 Inmersión gozosa como liberación en el Madrid de 1968-69 en los barrios y en la universidad cada vez más contestataria y búsqueda de nueva sociabilidad literaria y vital.

3 Atracción por los sectores más contestatarios, informales y experimentales.

4 Cultura urbana con inmigrantes sudamericanos, magrebíes y cosmopolitismo hippie, marginalidad y contracultura.

5 Libertad y diversidad sexual y de costumbres, mundo libertario.

6 Nueva vox-pop, música y comic.

Tampoco ese es el tono. Antes de teorizar hay que saber narrar, y no tengo el tono narrativo claro ni el lenguaje adecuado. No salgo del género que me gusta tildar de “literatura de avisos” o literatura de la información, en la que son importantes los relatos procedentes de las “historias de vida”, el relato de cada uno que luego permite teorizar a un observador. La deformación profesional de historiador modernista ataca de nuevo.

En ese tipo de evocación consistían mis relatos anteriores (*Novela secreta* y *Del movimiento...*); incluso en la novela *Los hijos del agobio*, que puede considerarse mi intento evocador primero, y que novelaba en clave de utopía y no dejaría de desarrollar desde entonces en un ciclo novelístico de sociedad ficción que es *El paraíso de las islas*.

Debo buscar un relato exterior, ajeno, para terminar de comprenderlo. Y recurro a Germán Labrador, un joven estudioso de la cultura setentera, que mi circunstancia personal, de alguna manera, es capaz de narrarla así, comenzando por el eje mismo del ensayo de relato, La Vaquería de la calle de la Libertad:

[TEXTO pp.386-389 de capítulo de Germán Labrador, por cortesía suya, y síntesis que me interesa mucho como punto de vista objetivo exterior a mis propias vivencias de entonces:](#)

“Bodegas, bares, tascas conforman la cultura del ocio y del solaz franquista, ámbito de sociabilidad cultural de las clases populares a cuyos hábitos y a cuyo mundo se condena a estos jóvenes, quienes, en la búsqueda de sus propias soluciones, comienzan a asociarse entre sí para inventar alternativas. Un primer tiempo de asociacionismo juvenil tuvo lugar a principios de la década, alquilando garajes y locales a las afueras de Madrid. Allí nació el *rock*

capitalino. Ante el *peligro* de la asociación no institucionalizada de la juventud y ante el miedo a la aparición de focos de irradiación de *inmoralidades* varias, las autoridades franquistas presionaron a los propietarios y reprimieron a los jóvenes disolviendo este tejido asociativo y devolviendo la juventud a los bares y a la calle, a las “esquinas de los años setenta (Ordovás 1977: 32-9). A la muerte del dictador tiene lugar un segundo momento asociacionista, fruto del cuál, una entre cientos de iniciativas, aparece la asociación vallecana (Hijos del agobio).

“Algunos de los centros socioculturales de esa juventud eran antiguos locales de Falange, que, ante su disolución, los jóvenes los infiltraron con el fin de organizar conciertos, ensayos, asambleas, reuniones o simplemente fiestas. Algunos de ellos, como el local de Cuatro Caminos de Madrid, se reconvirtieron en ateneos libertarios. En su conjunto, formaban un mundo nuevo, creado de forma comunitaria por los propios jóvenes en función de sus necesidades y demandas, con sus propios *hyde parks* y con sus tribunas. Un mundo, y esto debe ser objeto de reflexión, donde la cultura del ocio no se ve atravesada por la cultura del consumo. Surgen entonces bares que, además de ser lugares para la conversación y la sociabilidad, funcionan como pequeños centros socioculturales, con conciertos, exposiciones y recitales. Uno de ellos es La Vaquería.

“Ya nos hemos referido a este extraño local y aún habremos de cruzar varias veces sus puertas, verdadera ciudad de las fronteras entre la cultura de barriada y la cultura bohemia madrileña. En él recalán elementos variopintos de la fauna nocturna, *rockers*, macarras, delincuentes, que se unen a los habituales heterodoxos, poetas, intelectuales y activistas varios, entre futuros iconos de la cultura juvenil de los primeros ochenta, viejas glorias de la vanguardia sesentaicoista y jóvenes bohemios de paso por Madrid. Todos los caminos *modernos* de la época conducen al interior de este tugurio (v.g. Ordovás, 1977: 13). Un relato de su fauna nos lo proporciona Benito Fernández (1999: 189-190).

“Una de las cabezas visibles de esta hidra es Emilio Sola (1945), poeta y anarquista de la generación de 1968, quien coordina el funcionamiento del local en régimen de cooperativa. Sola es autor de un libro de testimonio poético, *La soledad, los viajes, el mar, la amnistía, varios muertos y un aniversario, con hermosísimos dibujos de Ramón Ramírez*, publicado, como no podía ser de otro modo, en La Banda de Moebius (1976). En la contraportada del mismo figura una imagen del local, vista con el ojo poético de García-Alix (fig. 42, sic, foto de José María Bloch).

“Pasen y vean, pasen y beban”, “pintura, music & poesía”, son los reclamos escritos en la puerta, sobre la que se recuesta Emilio Sola. Un rótulo de madera señala el nombre y la política del establecimiento: *La Vaquería de la calle de la Libertad*. En la calle, la Libertad, esto es, dos ciclomotores. Lugar de la cultura en transición, frente a ella, en el mismo punto desde el que se toma la imagen, se encuentra la sede de la CNT reconstituida: la política que mira a la cultura, que a la vida mira.

“*La soledad, los viajes, el mar, la amnistía, varios muertos y un aniversario, con hermosísimos dibujos de Ramón Ramírez* es un libro curioso, un libro urgente, sin paginar, compuesto como crónica de un tiempo transicional que sucede muy rápido, lo que convierte al poeta en un tipo singular de periodista, aquel que hace de cada acontecimiento una inflexión estética y de la novedad su materia creativa. Entre las páginas del libro encontramos a partes iguales

inscripciones políticas e inflexiones románticas, todas continuas con lo expuesto hasta ahora. Viajes a Argel, recorridos por las “cárceles de España”, un viaje de prisiones y denuncias al grito de “Amnistía. Domingo siete. Cuatro poemas urgentes para luchar contra el desaliento y reafirmarse en la esperanza”. Son varios los poemas dedicados a amigos suicidas, a los *perdus* de su generación, como la serie en memoria de “Noemi Mampaso, amiga entrañada en muchos de nosotros, a quien muchos quisimos mucho, muerta joven” (I), donde el poema se abre sobre las palabras de la amiga desaparecida para preguntarse por el sentido de la reapropiación del cuerpo, por la posibilidad del sujeto de hacerse sujeto de sí mismo: “puedo hacer lo que quiera con mi cuerpo / o más bien nada puedo hacer con mi cuerpo / que sea mío” (IV). Y junto con esas modulaciones encontramos toda suerte de ensoñaciones oníricas y promesas políticas, con abundancia de huellas bioliterarias: “el viento-dios que lo penetra todo”, “alucinados ojos de Gaugin frente al sol / noche oscura habitada por Baudelaire el loco / canto de guerra escrito en el cuaderno de mi amado suicida Maiakovski” (II).

“Me consta que Sola firmó al menos otros dos poemarios: *La isla* (1975), de temática *hippie* y ecos paisajísticos, y *Más al Sur de este Sur del mar* (1979), libro autoeditado (sic), donde los cantos a una realidad natural políticamente reapropiada resuenan sobre las pérdidas generacionales y sobre la necesidad de establecer vínculos de reconocimiento. Emilio Sola, pocos años después, recibirá un espaldarazo desde el círculo de la *otra* bohemia, la del crapulerío del Café Gijón, resultando ganador de su premio de novela con un relato “de barra de bar”, una mirada del mundo sociopolítico y cultural de la juventud en transición usando *La Vaquería* como hilo conductor de las distintas historias. Se trata de un hermoso texto que habría requerido una atención mayor, escrito con urgencia, convocando en caliente personajes, escenas, situaciones de estos años, cruzándolas con libertad y a veces sin sintaxis, un poco a la manera de las novelas *beatnicks* de aprendizaje, que tienen por característica ser escritas cuando todavía no se ha podido fracturar la representación del sujeto con su pasado y no existe, por tanto, tiempo para la memoria. Así Emilio Sola escribe nuestro *Primer tercio*, nuestro *Ponche de ácido lisérgico*, publicando una novela que llevaba por nombre, curiosamente, *Los hijos del agobio* (1984).

“*La Vaquería* es entonces uno de los lugares emblemáticos de un amplio espacio de locales, centros culturales y tabernas, que construyen una geografía secreta en cada ciudad de España. En muchos casos éstos son bares que gozaron de mejores tiempos: a mediados de los años setenta, en Madrid, lugares como el Hamburgo, donde se vendía absenta ilegal, o como El Figón de Juanita, se resienten de los cambios profundos en la estructura de barrios, en una mutación producida por la combinación perversa de la presión demográfica, la política (lucha contra el movimiento vecinal) y el urbanismo (*gentrification*). Sus propietarios ven desaparecer entonces su tradicional clientela para que después emerja un nuevo tipo de visitante, la infame turba de jóvenes transicionales a los que, como agua de mayo, se les recibe, estableciéndose una curiosa complicidad entre la juventud y los taberneros.

FENÓMENOS ANÓMICOS

Esa es para mí la frontera transicional más clara y compleja,

y en donde percibo los orígenes de lo que luego se llamó la *Movida*, frontera entre la cultura culta y la cultura popular, y sobre todo fenómeno anómico, impredecible y creativo, como un sociólogo de la cultura que a mi me gusta mucho, Jean Duvignaux, teoriza para otro periodo de transición clásico español que es el siglo de oro barroco, con Cervantes como centro.

De nuevo la deformación profesional que interfiere en mi propio ensayo de narración. La muerte de un clasicismo, en este caso el nacional-catolicismo franquista, conocido desde dentro por el joven profesor, escritor y tabernero, ese otro al que intento comprender, y el surgimiento de otra cultura con claves nuevas, si no opuestas, la cultura pop transicional, el caldo de cultivo de los fenómenos anómicos que no iba a saber clasificar.

Germán Labrador expone en *Letras arrebatadas. Poesía y química en la transición española* (2009), centrándose en la creación literaria y las drogas, uno de esos fenómenos anómicos e imprevisibles. Junto a las drogas, otro fenómeno anómico arquetípico es el terrorismo. Y también se hizo presente de manera paralela, en su forma más brutal, desde los fusilamientos de septiembre de 1975, poco antes de morir Franco, hasta la escalada terrorista etarra y de grupos fascistas, que en el caso de La Vaquería terminó con su voladura con dos kilos de goma-2 en junio de 1976.

VAKERÍA, BANDA DE MOEBIUS Y LIBERTARISMO

La muerte de Franco fue en noviembre de 1975, y el invierno que siguió y la primavera de 1976 fue el periodo de mayor tensión y violencia urbanas, tanto a nivel de barrios como de la universidad. De ese invierno y primavera, que culminó en la bomba que destruyó la Vaquería, es la creación de la editorial *La Banda de Moebius*, por jóvenes estudiantes que se iniciaron como editores con unos textos de García Calvo, uno de los catedráticos represaliados por el franquismo, de perfil libertario y lúdico. Era el perfil que había ido tomando el local, y el más representativo hoy desde el punto de vista de la imagen. En paralelo, un incipiente comic madrileño, algo a la zaga del mismo fenómeno catalán, aparecía en torno al Rastro.

La revista Carajillo y las portadas e ilustraciones de La Banda de Moebius, me parecen sintomáticas de aquello que andaba a caballo entre la contracultura y los orígenes de lo que sería la *Movida*, desde mi percepción actual: libertarismo, procacidad, violencia urbana refleja, espontaneidad y amateurismo, descaro, truculencia social, sexo, drogas y rockanrol al fin.

Tras la bomba de La Vaquería de junio de 1976, sindicatos de la clandestina CNT anarquista comenzaron a usar como sede los locales anejos al bar, en donde vivían y convivían algunos de los socios vaqueros, y otros locales similares comenzaron a estructurar el nuevo tipo de bar (pionero *Armadillo* y *La Vía Láctea*, de Marcos López Artigas) que conformaría el barrio de Malasaña en los siguientes años setenteros y en la *Movida*. Una última reflexión sobre la taberna como cátedra de la cultura popular (Burke, Thompson), perfectamente aplicable al fenómeno de la cultura urbana madrileña de ese tiempo transicional, y como modelo adoptado por la Vaquería de manera bastante premeditada.



APÉNDICE I OBLIGADO: EL ASUNTO DROGAS

El asunto drogas. Uno de los lamentos a posteriori al abordar los setenta transicionales fue la irrupción de la heroína. En La Vaquería, en la primavera de 1976, aparecieron en la cisterna de uno de los retretes las primeras hipodérmicas, que nadie entendimos

en principio qué significaban. Las drogas más normales que circulaban, muy en la onda hippie ibicenca, eran el canuto de hachís y el LSD, y había habido muchas redadas de la policía con esa disculpa.

Juan Carlos Usó lo contó muy bien después, y Germán Labrador en *Letras Arrebatadas...* lo volvió a evocar, relacionándolo con la poesía setentera, alguno de cuyos autores (Haro Ibars o Panero) fueron publicados por *La Banda de Moebius*.

También Juan Luis Recio, fundador de los Moebius, en su *Invitación al desborde*, con el dragón de larga cola que deja las alcantarillas y recorre la ciudad, parecía alertar sobre alguna inquietante y misteriosa amenaza.

En los años sucesivos murió mucha gente y muy joven, pero a mediados de los setenta la desinformación era total, y su clandestinidad tomó el mismo prestigio que la clandestinidad política.

El joven profesor, poeta y tabernero, años después, lo evocó como el último acto policial-fascista, como algo premeditado para desarticular la fuerza juvenil libertaria que pedía una democracia real más que meramente formal, o ese “franquismo de partidos” que dice Pepe Ribas. Pero lo formuló de forma novelística, o no-novelística mejor, en *La novela secreta*:

La gran disculpa, como hoy, por otra parte: las drogas. No era eso en absoluto, claro, pero algo hay que inventarse para seguir controlando. Allí había algunos porreros, que se decía entonces, y chavalería que se ponía, como dicen ahora, con lsd de vez en cuando, y algunos hacían cine, música o literatura como dios --es un decir--, y algunos se quedaban "colgados" --y esos casos eran casi la única fuente de información de primera mano que se tenía del asunto--, pero sobre todo había troskos, anarcos, peceros y pesosos todos aún en la clandestinidad, y estudiantes, jóvenes profesionales y obreros --y parados—que confraternizaban escandalosamente a base del alcohol, la música roquera y el ligue a destajo, y las chicas comenzaban a descotarse a su gusto y a lucir las piernas, y los homosexuales comenzaban a exhibir el plumerío colorista. Tal vez el origen de lo que luego llamaron "movida" y tanto se utilizó hasta políticamente. Que no está mal, porque aquello era político. Pero dejaron el asunto drogas como tabú y pasó lo que pasó, que de ser algo anecdótico y de grupos minoritarios, a base de tortas a destajo y en plan bruto, consiguieron crear un gran "mercado" --paralelo, negro, de trapicheos y beneficios altos por lo raro y marginalizado, sueño ideal de todo mafioso-- y provocaron esa metástasis que

se convirtió en cancerosa con la irrupción de la heroína. Un crimen social, el último coletazo del fascismo. Policial-fascismo.

Es una evocación literaria, novelística, o mejor, nonovelística, que veo como la literatura de la información que hoy estudio como profesional, la literatura de avisos de un siglo de oro con abundantes testimonios así, aquella en la que se expresa la posible verdad de la vox-pop, la realidad y su captación inmediata aún no interpretada o convertida en discurso. Muchas veces, sospechas o temores.

Porque en la primera evocación novelística esta vez, en *Los hijos del agobio*, escrita en los mismos años setenta, no había problemas de drogas, todos utilizaban sus sustancias legales y apropiadas a sus necesidades, el problema era la incultura y la pobreza sin más. Y en un marco de sociedad ficción, un paraíso de las islas o de la gente en movimiento.



APÉNDICE II

IN MEMORIAM DE QUICO RIVAS, RECIÉN DESAPARECIDO TAMBIÉN

Quico Rivas fue quien me dio el toque final sobre aquel movimiento que desembocara en movida. Llegó a Madrid a mediados de los setenta y su acción más emblemática fue llenar un tren de artistas en plena ebriedad y llevarlos de Madrid a Vigo a no se sabía muy bien qué. Era una gran celebración del éxito internacional de la Movida. Quico es de la generación de gente que tiene diez años menos que yo, con los que siempre me llevé muy bien y a los que mejor conozco, de alguna manera mis maestros.

De los que tenían veinte años a la muerte del dictador y soñaban con la posibilidad muy real entonces de cambiar el mundo. Suya es la última evocación exterior de aquel momento, ya plenamente política también, con el eje de La Vaquería también,

nuestra referencia hoy.

En el texto, Quico Rivas, con el seudónimo refractario de Victo Nero, habla del joven E.S. con el seudónimo de Alí Calabrés.

Conocí a Alí Calabrés hace más de 25 años, un cuarto de siglo largo, que se dice pronto. Hacia 1975 yo todavía vivía en Sevilla, acaban de licenciarme del servicio militar y, en mi doble condición de aprendiz de escritor y funcionario de la lucha antifranquista, viajaba a la capital con cierta frecuencia.

Madrid no ha cambiado tanto como algunos creen, aunque en algunos aspectos, hay que reconocerlo, el de entonces no tenía color comparado con el actual. Muy especialmente en la oferta lúdica y nocherniega. La que se le ofrecía al forastero en aquellos momentos preagónicos de la Dictadura, además de incolora era raquífica. Si el forastero era un literato más o menos puro, es decir, apolítico, peregrinaba al Café Gijón. Si era un literato con conciencia, es decir, de izquierdas, especialmente si pertenecía o simpatizaba con el Partido –el único partido con mayúsculas era entonces el comunista- le acogían con los brazos abiertos en el pub de Santa Bárbara. Si en vez de Carrillo lo suyo eran los pitillos de grifa, la contracultura y el *underground*, lo mejor era perderse por las noches por el barrio de Malasaña, en trance de reinención, y encontrarse, los domingos por la mañana, en la Bobia del Rastro. Pero si nuestro joven literato de provincias era a la vez grifota y de izquierdista –*gauchista* se decía entonces-, y tal era mi caso, su sitio natural, no había dudas, era La Vaquería de la calle Libertad número ocho.

Visité aquel legendario local un puñado de veces, una de ellas, lo recuerdo bien, en compañía de Carlos Castilla del Pino junior –que la tierra le sea propicia-, otro provinciano recién instalado en la capital y uno de los espíritus más cáusticos e inteligentes que he conocido. Carlos aún no había colgado los guantes de militante pero ya lo observaba todo con mucha distancia, y de tanto en tanto hacía breves comentarios, lacónicos y disolventes, capaces de romperle los esquemas y las ilusiones al más pintado. Yo, por el contrario, manifestaba un gran entusiasmo, un respeto casi litúrgico ante aquella atmósfera densa, preñada de acordes de rocanrol, estribillos antifranquistas y vaharadas de hachís.

En la puerta del local, un rudimentario reclamo animaba al público a entrar: “Pasen y vean / Pasen y beban / Pintura, music & poesía / Güisqui y bocadillos”, aviso inequívoco de que aquel antro era mucho más que un simple bar. De las paredes colgaban cuadros de Ceesepe, Agust y otras jóvenes promesas del llamado *rollo madrileño*. De continuo se celebraban fiestas, exposiciones, presentaciones de libros, recitales, actos de muy varia intención, presididos siempre por un ambiente informal, y la seguridad de que nadie trataría de controlar, fiscalizar o rentabilizar políticamente lo que allí sucedía. Talante libertario, abierto, que se erigió en marca de la casa. Junto a la sensación excitante de estar continuamente forzando los límites de la legalidad vigente. Como en aquella exposición de *La lucha armada del pueblo palestino*, que puso a La Vaquería en el punto de mira de los grupos de extrema derecha.

En la barra, además de bebidas, se despachaban libros de *La Banda de Moebius*, la editorial de la casa, que publicaba las canijas entregas poéticas y narrativas de los socios y de los amigos de los socios, pero que también editó algunas inestimables joyas del moderno pensamiento político revolucionario, como el *Manifiesto de la Comuna Antinacionalista Zamorana*, de Agustín García Calvo, y los textos completos de la Internacional Nexialista, la escisión más abtrusa de la Internacional Situacionista. Detalles estos que a los jóvenes de hoy quizá no les emociones, pero que a mí me subyugaban, entonces como ahora.

La parroquia de La Vaquería, numerosa y pintoresca, no decepcionaba, una surtida fauna de gente curiosa y presumiblemente interesante: viejos hippies recauchutados por el sol de Ibiza, grifotas y progres de variado aunque siempre abundante pelaje, rojos, ácratas e izquierdistas de todos los matices, troskistas de cuatro cuartas

internacionales distintas, bohemios en formol y artistas en barbecho, rokeros, cantautores, gente de paso... sin olvidar la vistosa y nutrida representación del tercer Mundo: magrebíes, palestinos, saharauis, sudamericanos...

Alí Calabrés siempre andaba por allí, en el centro de alguna reunión, con una copa en la mano y una conversación entre manos. Era, sin duda, un personaje solicitado y respetado. Me lo señalaron como uno de los dueños y el artífice del local –artífice es un grado superior al de dueño- pero nadie, entonces, tuvo el detalle de presentármelo. Un buen día, mientras hacía guardia en la garita de una batería de costa en Punta Paloma, en el estrecho de Gibraltar, frente a las costas de Tánger –lo recuerdo perfectamente porque Franco ya estaba hospitalizado y Hassan movilizaba contra nosotros la *marcha verde*, una turbamulta de moros fanáticos dispuestos a la invasión-, le vi retratado por Mampaso en el periódico ABC: su poemario “La isla” había sido galardonado con un accésit del premio Adonais, del premio de poesía pero dotado del país, y quizá por eso el más puramente poético.

Y he aquí como evoca la bomba destructora del local y su efecto centrifugador:

...La Vaquería cerró sus puertas definitivamente poco después del brutal atentado contra ella perpetrado por los Guerrilleros de Cristo Rey. En la madrugada del 8 de junio del 76 introdujeron una caja de zapatos repleta de goma-2. A consecuencia de la explosión el local y el mobiliario quedaron, y nunca mejor dicho, hechos un Cristo. Aún permaneció abierta varios meses, incluso Ceesepe les pintó sobre los primitivos tableros de cierre unas escenas protagonizadas por el perverso Slober que habrían de convertirse en la diana favorita de los Guerrilleros que, en sucesivas y nocturnas visitas, dejaron impresas sobre ellos su rúbrica inconfundible: un montón de orificios de bala.

Junto a los atentados contra las librerías Antonio Machado y Rafael Alberti, el atentado contra La Vaquería fue uno de los que tuvo mayor repercusión pública, de los que generó más muestras de solidaridad y repulsa, y que, en mayor medida, sirvió para alertar a la opinión sobre la necesidad de atajar el *terrorismo negro* que entonces actuaba con absoluta inmunidad y toda la desfachatez del mundo, y cuya espiral de violencia no tocaría fondo hasta la brutal matanza de los abogados de Atocha. El de La Vaquería, además de un atentado reivindicado, estaba “firmado”, según les reconocí *sotto voce* un comisario de policía, por “uno de los chicos”, un artificiero de la Guardia Civil adscrito a la brigada de *estupas*.

Y sigue:

Todavía hoy, casi todos los años, en la madrugada del 8 de junio, un grupo de viejos vaqueiros y nuevos conmlitones se reúnen para recordar aquella infausta fecha –“ni olvido ni perdón”- y juntos recorren la *geografía del crimen* haciendo altos estratégicos en los numerosos bares que hoy la pueblan. Pues la Vaquería cerró, pero los vaqueiros habían hecho una adaptación muy particular de la consigna guevarista –“creemos diez, cien, mil Vietnams”- y en los alrededores surgieron como hongos psicodélicos después de la *lluvia ácida*, diez, cien, mil *vaquerías*, tantas que ni el meapilas del alcalde Manzano, cerrándolas a docenas, será capaz de revertir el proceso.

Hoy casi nadie se acuerda de los Guerrilleros de Cristo Rey, aquel grupito de salva-patrias que tanto incordiaron en los comienzos de la llamada *transición*. No se les ha hecho justicia, y por supuesto, nunca se les aplicó. Su líder, Mariano Sánchez Covisa, un cromo de metro y medio, más ancho que alto, montaba en mosquito y tenía aspecto de funcionario descosido, como sacado de aquella *Oficina Sinistra* que Pablo dibujaba en La Codorniz. No era tonto y tenía ojo para elegir sus objetivos, pero a sus muchachos con frecuencia se les iba la mano, se pasaban, se equivocaban de persona, metían la pata o salían trasquilados. Daban mucho por culo pero casi siempre la cagaban y sus golpes, de mucho efecto, terminaban produciendo un efecto diametralmente contrario al que

pretendían. Fueron, pues, sin pretenderlo, un elemento acelerador de aquella transición democrática que para ellos significaba dar patente de corso en el país a todas las depravaciones y vicios del mundo moderno. Es por esto que, en mi opinión, es necesario reconocerles sus méritos, y aunque tarde, hacerles justicia, entre otras cosas porque, en su día, nunca se les aplicó. Años más tarde, ya en el marco de las últimas conjuras golpistas, la “Operación Galaxia” y la tejerada del 23-f, a don Mariano le clausuró la policía una fábrica y arsenal de bolígrafos-pistola en la calle Pelayo, muy cerca de donde estaba La Vaquería, y que yo sepa nunca fue procesado ni condenado por ello, pero desde entonces el hombre anda algo capitidismuido, prácticamente retirado de la circulación.

Y Quico Rivas proyecta un sueño de entonces que hoy parece sonar a Comunidad Económica Europea, en un horizonte democrático para la cultura transicional, en una humorada literaria de sociedad ficción o utopía de agitación:

Sin esperar a que ese improbable juicio se celebre, Alí Calabrés ha realizado sus propios ajustes de cuentas, y para ello no ha dudado en servirse de la literatura, consciente de que, en una sociedad que ha convertido la justicia en una rama subsidiaria de la política, la justicia poética es, muchas veces, nuestro único recurso. Así, el atentado contra La Vaquería aparece recreado en, al menos, dos de sus novelas, la primera y la última de las publicadas hasta la fecha: *Los hijos del agobio*, Premio Café Gijón de Narrativa Breve 1984 (ganó el premio pero en el proceso perdió su título original, rotundo de tan cacofónico: *Kakadín, la titi de los kikis*). Y *La Novela Secreta* (Edit. Voluptae Libris, 1996), que a pesar de su título Alí Calabrés presenta como la primera *nonovela* de la historia, un género de su invención con el que, al igual que intentara Unamuno con sus *nivolos*, pretende darle una vuelta de tuerca a la tradición.

Su obra narrativa incluye, además de las dos citadas, *Acción, meditaciones y muerte de Juan Bravo* (La Banda de Moebius, 1978), *Arcadio y los pastores* (Ediciones Libertarias, 1984) y *El paraíso de las Islas* (Fugaz Ediciones, 1993). Todos estos libros son entregas de un mismo ciclo narrativo centrado en la historia remota o cercana de la Confederación Centro-Sur y del Paraíso de las Islas, surgido sobre los restos de dicha confederación tras ser destruida por una Gran Guerra (G.G.) en la que muere Juan Bravo, su presidente. Se trata de una región literaria que Alí Calabrés ha construido siguiendo una larga y fecunda tradición que se prolonga de Rabelais a Sánchez Ferlosio, de Faulkner a Juan Benet. Una región o federación de muchas, imaginaria pero verosímil, una utopía manejable, de bolsillo “nacida como una concesión a la imaginación de los hombres” que se organiza política y administrativamente según estos principios:

- Los países integrantes de la Gran Confederación conservan sus propios gobiernos que siguen siendo la administración suprema de cada estado.
- Las fronteras tradicionales han sido abolidas, sólo se conservan los límites geográficos administrativos.
- La educación y la coordinación económica son los dos objetivos básicos del equipo que dirige la Gran Confederación.
- Las tradiciones sociales, culturales y religiosas de pueblo, región o estado son respetadas cuidadosamente.
- Existe un pasaporte único, a modo de cédula de identificación común a todos los habitantes de la Gran Confederación.
- Francés, inglés y español, además de la propia de cada región, son las tres lenguas con las que se educará a la juventud y se usarán en la administración.
- Coordinación económica con atención prioritaria a la conservación de la naturaleza y de la riqueza material y cultural.
- Las tradiciones militares de cada pueblo serán tenidas en consideración y conservadas como disciplinas deportivas y para espectáculo. La defensa del territorio nacional ha dejado de tener sentido, como en su día lo dejó de tener la defensa de los intereses de un grupo o una clase.

Y Quico Rivas termina con esa imagen del exilio y del renegado, que pudiera terminar de hacer comprender al narrador la coherencia de su propia narración, de su aviso, esa literatura de avisos que estudia profesionalmente, para informar en una vox-pop comprensible:

Cerrar cuando todos abrían. El camino inverso, como decía. Exiliarse a Argel cuando los exiliados regresaban en masa. De Rusia, de Méjico, de Francia... comunistas, republicanos, anarquistas, nacionalistas... incluso los prochinos emprendie-ron el camino de regreso desde Albania. Exiliarse a Argel cuando, no digo en España sino en todo el orbe civilizado, a Argel sólo se exiliaban los Panteras Negra desde los USA y Alí Calabrés desde España.

Aunque más que como el penúltimo exiliado de una época que periclitaba –el último lo fue José Bergamín cuando se exilió en el País Vasco- a Alí Calabrés le debemos considerar como el primer renegado de nuevo cuño. El simple exiliado es alguien que busca refugio al otro lado de la frontera, en país ajeno. El renegado es, en cambio, el arquetipo de la figura fronteriza, alguien que, de alguna manera, se instala en la frontera, hace de la frontera su patria. No es extraño que las investigaciones y trabajos de Alí Calabrés se orientaran hacia asuntos como la piratería en el Mediterráneo en la época del Imperio y los servicios de espionaje de la Corona Española en tiempos de los Austrias. Algunas noticias de estos trabajos tuve, de manera interpuesta, a través de un viejo amigo sevillano, el malogrado historiador Quisco de la Peña –que la tierra le sea leve- con el que había coincidido en un departamento universitario. O leyendo, aquí y allá, artículos y ensayos tan provechosos como divertidos. Y finalmente su impagable “Piratas y Corsarios Mediterráneos” (sic, en realidad: “Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos”), primer tomo de una trilogía sobre la saga de los Barbarroja, cuyas otras dos entregas creo que ya están listas en espera de algún editor espabilado.

Son trabajos de un historiador riguroso, sin duda, pero también el de alguien incapaz de hurgar en el pasado sin repensar a su vez el presente, alguien capaz de aunar el rigor documental con el empleo del método paranoico-crítico, del que siempre se ha confesado fervoroso partidario. La historia, a fin de cuentas, es una creación del presente y el presente una consecuencia de la historia. A Alí Calabrés, desde luego, no le pillaron por sorpresa fenómenos como el de la aparición de la nueva estirpe de piratas o *hackers* cibernéticos. Y así, cuando en el otoño del 98 empezó a circular entre los refractarios durmientes la llamada a una nueva movilización, estuvo al pie del cañón, o a pie de galeota, como él prefiere decir, desde el primer momento.

Su contribución a la vida de Refractor en estos dos años ha sido decisiva, tanto en el aspecto teórico como en el práctico. A él se deben algunos de los textos editoriales más importantes, como el del número 4-5: “El Estado es la Obra de Arte a los pies de los Servicios Secretos”. Algunos que nos acusaron entonces de tremendistas y retóricos, a la luz de las recientes revelaciones sobre la Red ECHELON, por ejemplo, no tendrán más remedio que reconocer lo acertado de sus premoniciones. Aportación de Alí Calabrés al desarrollo de un pensamiento anarquista y de un lenguaje revolucionario acorde con los tiempos que corren es el concepto de Gran Inversión, uno de los ejes centrales del debate refractario.



FINAL I

La música es el arte de bien combinar los sonidos y el tiempo.

La Movida madrileña se identificó demasiado con la industria musical, tal vez por ser la que más dinero dio, y con la fotografía y con el cine, que no le fueron a la zaga. Radio Futura, Alix y Almodóvar. Imagen y sonido, audiovisual. La cosa de la cultura del pelotazo.

De Las madres del cordero del Moncho Alpuente y la Castañuela 70, sátira política y social, al bote de Colón de los ochenta que evocaba el Pepe Ribas como acritica social, interesante estudio de las letras.



FINAL II

Desde este otoño, el Archivo Q está depositado en el Archivo del Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, después de su muerte prematura, una más de los más activos agitadores de la Movida, y voy a evocar con algunas imágenes sus acciones

con más espíritu setentero, podríamos decir, en concreto los periódicos *Refractor* y *La Infiltración*, y una de las iniciativas surgidas a su sombra, de alguna manera, del grupo denominado *Vacaciones en Polonia*, los polacos.



¡¡A POR EL TODO!!



FINAL III

A niveles personales, de nuevo, llevo años queriendo recoger el espíritu setentero o transicional, a la vez que lo proyectaba en un esquema novelístico de sociedad ficción o reconstrucción utópica

de una posibilidad social, en un relato río conformado por múltiples fragmentos de historias narradas por múltiples narradores, cuyo conjunto titulo *El paraíso de las islas*.

El único crítico que vio un poco por donde iba la cosa fue Ramón Sánchez Lizarralde al comentar que aquellos relatos significaban la nostalgia por un mundo que podía haber sido y que no fue. O algo así.

Otro amigo lector, me dijo que era una guía para aprender a ser feliz en el infierno. A mi me gusta más ver la serie como una narración de esa revolución imposible pero inevitable que tendremos que imaginar entre todos, para no morir de asco.

Muchas gracias.

E.Sola, Alcalá-Grenoble, enero 2012.



BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Álvarez Cobelas (2004). *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*. Madrid: Siglo XXI.

Buckley, Ramón (1996 y 2004). *La doble transición. Política y literatura en la España de los años setenta*. Madrid, Siglo XXI.

Equipo Reseña (1989). *Doce años de cultura española (1976-1987)*. Madrid: Encuentro ediciones.

Gallero, José Luis (1991). *Sólo se vive una vez. Esplendor y ruina de la movida madrileña*. Madrid: Árdora.

Hernández, Javier y Pérez, Pedro (2004). *Voces en la niebla. El cine durante la transición española (1973-1982)*. Barcelona: Paidós.

Imbert, Gérard (1990). *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976-1982)*. Madrid, Akal.

Labrador Méndez, Germán (2009). *Letras arrebatadas. Poesía y química en la transición española*. Madrid, Devenir.

Mariscal, Max, Nazario y otros (1981). *Antología española del comix underground 1970-1980*. (Barcelona: Ediciones La Cúpula-El Víbora.

Moreiras, Cristina (2002). *Cultura herida. Literatura y cine en la España democrática*. Madrid: Ediciones Libertarias.

Ribas, José (2007). *Los 70 a destajo. Ajoblanco y libertad*. Barcelona, RBA.

Urrero Peña, Guzmán (2003). "Movida, carnaval y cultura de masas". *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 636, junio 2003, pp. 15-29.

Vilarós, Teresa (1998). *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la Transición Española (1973-1993)*. Madrid: Siglo XXI.

Tusell, Javier y Soto, Álvaro (eds.), (1996). *Historia de la transición (1975-1986)*. Madrid: Alianza Editorial.

